

Toda esta época, que describimos, es de las más fecundas en provechosas enseñanzas, en esfuerzos intelectuales gigantescos y en autores de primera magnitud, tanto por la riqueza de las ideas como por la hermosura del estilo. Habíase intentado primero la armonía entre la razón y la revelación; intentóse después la armonía entre las dos Iglesias que separaban el protestantismo. Así como Wethe preside al trabajo de armonía entre las dos escuelas de Jena y de Tubinga, Scheleismacher preside al trabajo de armonía entre las dos Iglesias protestantes: trabajo que se conoce con el nombre expresivo de *Unión Evangélica*. No puede abrirse un libro de teoría ó crítica protestante sin hallar en él grandes elogios de orador, al filósofo, al apologista de que venimos hablando. Su paso por el suelo de Alemania deja inextinguible huella en la conciencia germana. Los piadosos aplauden sus puras concepciones de la religión y el estilo á un tiempo sobrio y elocuente en que las ha expresado. Los filósofos aplauden la pura independencia de su pesar y la cándida ingenuidad con que la formulaba y difundía. Extasiábanse los literatos ante aquella fecunda oratoria que parece asistida, como los apóstoles en el cenáculo, del dón de lenguas. Y detiéndense los historiadores ante la crisis que señala y determina como una de las fases más grandes y bellas de la conciencia germánica. Es una de esas figuras que se ven, como las altas montañas, desde muy lejos y desde muchos y muy diversos puntos. El mismo movimiento político se liga por diversos aspectos á su nombre y á su influjo, puesto que protestó contra la tiranía de los conquistadores; reivindicó la libertad de los alemanes; propuso la separación de la Iglesia y el estado; pidió con ardor que así como los sacerdotes no podían ceñirse la corona de los reyes, pugnárase por impedir que los reyes levantaran sus tronos sobre las aras de los sacerdotes; y prestó siempre devotísimo culto, sí, culto del corazón, culto de la conciencia, culto de toda la vida, sin solución de continuidad, á las ideas fundamentales del humano progreso. Indudablemente Alemania podía estar satisfecha y aun orgullosa de sus ideas y de sus obras. Mientras la guerra de la Independencia se malograba en fraccionamientos de los Estados alemanes y en odios irreconciliables entre sus jefes; mientras la libertad prometida como una grandísima esperanza se desvanecía como un vano sueño; mientras el Austria se gozaba en esclavizar al pueblo, y tras el Austria se veía como un fantasma el Czar de todas las Rusias dirigiendo á los reyecillos germánicos, cual si fueran sus vicarios en la Iglesia, sus feudatarios en el trono y sus sargentos en el ejército; mientras todas estas ignominias sembraban por doquier dolores y angustias; e florecimiento primaveral de la poesía, la elevación de la música, que concertaba las voces del espíritu con las voces de la naturaleza, como un eco del cielo; el vuelo de sus grandes pensamientos, que se perdían audaces en los abismos el espíritu, como para traerle revelaciones de lo infinito; la elocuencia de sus teólogos, que llevaban los espíritus en las pintadas alas de su palabra religiosa por las cúspides del mundo moral y por

los confines de la inteligencia donde sólo alcanzó á entrar una milagrosa intuición, los descubrimientos de innumerables sabios, de astrónomos, de naturalistas, de matemáticos que desentrañaban el Universo como para coordinarlo con la serie maravillosa de sus ideas, y esclarecerlo y vivificarlo en el fu-go de su conciencia; todos estos prodigios intelectuales anunciaban que algún día tanta y tan grande fecundidad del pensamiento había de traer larga posteridad política; y tantos sistemas, esparcidos por do quier, habían de cristalizarse en múltiples y progresivas instituciones.

A principios del siglo décimo-nono surgía en Francia y en Alemania, en Italia y en España misma una reacción religiosa. En Francia escribía Chateaubriand, el Genio del Cristianismo, y en Alemania Federico Schlegel, la Historia de las literaturas, en que levantaba y ponía sobre todo la estética religiosa y católica; en Francia escribía Lamennais, el *Ensayo* sobre la diferencia religiosa, y en Alemania escribía Scheleirmacher, su *Discurso* sobre las religiones. Gervinus ha comparado en el volumen décimo-nono de su grande historia estos dos clarísimos escritores. En efecto, los dos son sacerdotes, los dos teólogos, los dos elocuentísimos, los dos poseídos del espíritu de su tiempo, los dos sirviendo á la reacción religiosa, los dos rodeados de discípulos apasionadísimos; pero el francés viene de la fé y va en pos del racionalismo, y el alemán viene del racionalismo y va hacia la fé: el francés se revuelve en sus comienzos contra todas las escuelas panteístas, y á sus postrimerias se sumerge en el Océano del panteísmo; y el alemán se educa en las escuelas panteístas, se confunde con la naturaleza, ve á Dios así en el movimiento de su vida dentro de su conciencia como en el movimiento del tallo agitado por las auras de los campos; no distingue entre el rocío del cielo que la luz del alba argenta y el rocío de poesía que la inspiración ilumina, espinosista en sus comienzos, en tanto que á sus postrimerias distingue y separa al hombre de la naturaleza, y á la naturaleza, del Dios creador y personal del Cristianismo: el francés maldice de su siglo, porque su siglo no admite ni la dirección moral ni la presidencia política del Papa, y desde estos arrebatos teocráticos pasa rápidamente á la pura democracia; el alemán, mucho más sereno, mucho más conocedor de la sociedad y de la historia, no vacila nunca en estos puntos fundamentales, y confunde siempre su razón y su fé, su culto al Dios vivo con el culto á pura y santa libertad. Y Lamennais había pasado su juventud en las costas de Bretaña, ante los espectáculos del mar; encerrado en la iglesia; de rodillas siempre al pie de los altares; maceradas por la penitencia sus carnes, macerado por la disciplina y la escolástica su entendimiento; lejos del mundo y de los hombres; en comunicación estrecha con su Dios; mientras que Schleiermacher durante su juventud, á pesar del celo puesto por sus padres en preservarlo de los vientos del siglo, pasa por verdadera orgía de ideas, cayéndose y levantándose mil veces, pero dispuesto á entrar en todos los templos á interrogar todos los sacerdotes, á conocer y diseccionar con su crítica todos los ídolos, á herir con sus llamamientos y sus cla-

mores todos los misterios, á vagar desde la pura ortodoxia de su educación á la extrema piedad de los hermanos Moravos, y desde la extrema piedad de los germanos Moravos al escepticismo burlón de los estudiantes de Halle; y desde este escepticismo á la fe serena é inquebrantable de las familias judías; y desde esta fé á las veleidades, á la irritabilidad, á los sueños de los románticos; y desde estos sueños al profundo panteísmo de Espinosa, donde se juntaban, para perderse, las dos ideas de la libertad humana y de la personalidad divina; y desde este panteísmo á una ortodoxia religiosa que había de ser auxilio, consuelo y esperanza de innumerables piadosísimas almas.

De educación piadosa, de salud débil, de tendencias místicas, de temperamento nervioso, de gran cultura literaria y científica, de inclinación al trato y al comercio espiritual con las mujeres, hase dicho del teólogo protestante que era un genio femenino. Por la exquisita sensibilidad de corazón, por la suma belleza del estilo, merece tal calificativo, pero también merece el calificativo de genio varonil, si al valor y á la tenacidad con que defendía sus ideas se atiende. Cercado por do quiera de la inunación que sobre nuestra Europa lanzaban las guerras continentales; erigido en predicador y en profeta desde las alturas de su cátedra, que sobre esta inundación se levantaba como un escollo sobre el mar, protestó, y protestó sobre le conquista energicamente, en la esfera del pensamiento, con las armas de la palabra, temiendo que el vencedor se propusiera matar toda la rica variedad de la vida moderna, los derechos en el hombre, las nacionalidades en los pueblos, el protestantismo en la Iglesia universal. Y para resistir con más empeño esta especie de imperio romano, el imperio carlovingio, que dentro de formas góticas encerraba tempestades del espíritu moderno, aspiró á reunir las dos iglesias protestantes, cuyas contradicciones dividían la religión reformada en Alemania. Sirvió á esto el propósito del Rey, hombre de más erudición que talento, de más doctrina religiosa que doctrina política; escritor de teología que se consagraba continuamente á publicar memorias sobre sus graves problemas, y que, pagado de su autoridad absoluta y deseoso de convertirla en instrumento de la religión tradicional, no se daba descanso en reunir las dos iglesias enemigas. Así despreciaba por cosa baladí los escrúpulos del clero y la fidelidad de los creyentes, componiendo á rosa y belloso lazos de unión entre las iglesias, redactando códigos, liturgias, que llevaba como ensayo á las iglesias militantes para extenderlos después en más altas esferas y más dilatados espacios á la Iglesia nacional; pero sin ninguna meditación, sin ninguna gravedad y sin ningún juicio. El gran teólogo, para quien la religión era asunto de conciencia y no asunto de Estado, ministerio propio de los pensadores y no de los Reyes, viendo al de Prusia, ligero en todas sus determinaciones, pedantesco en su vano saber, que penetraba como por propio dominio en el seno de la conciencia, y allí se asentaba y fortalecía como si fuera su soberbia personalidad una idea ó un dogma, para convertir la Iglesia de Dios en burocracia de la monarquía, revolvióse airado contra el Rey, maldijo sus tendencias, habló elo-

cuentemente contra estas absurdas agresiones, reunió en torno suyo al clero, y con actitud digna de Ambrosio de Milán ante la soberbia de Theodosio de Roma, vedó á los poderes terrestres la entrada en el cielo guardado para Dios, la conciencia y el espíritu. Bien es verdad que no se mantuvo firme hasta el fin, y que admitió, si no la primera liturgia real, muy semejante á la misa nuestra, la segunda liturgia, redactada en vista de los argumentos hechos y de las dificultades sobrevenidas en la contienda; hasta que al fin la unión se realizó, antes que por las combinaciones artificiosas de la autoridad y del Estado, por el esfuerzo de tantos pensadores ilustres como deseaban darle una patria á su pueblo en el espíritu, antes de darle la patria una y entera en la tierra.

Lo que sublima principalmente á Scheleimacher y le da reputación altísima es su teología dogmática. Ya hemos dicho que su primera grande obra fueron los discursos sobre la religión. Allí sostuvo con ruda entereza que ni los milagros ni las profecias eran esenciales á la religión; que ni de la idea de Dios personal necesitaba la religión para vivir; que el secreto de su existencia consistía en ese impulso de todas las cosas creadas á buscar instintivamente á su Creador, en esa atracción que sobre todo lo finito ejerce y ejercerá el principio divino de lo infinito. Así es que para él no está el sacerdote en el ungido, en el privilegiado. El sacerdote está en todo el hombre, si quier sea laico, que busca á Dios para absorberlo en su conciencia; que ama á Dios para imitarlo en su vida. Todo sér humano tiene en sí dos actividades opuestas, que se atraen y que se completan como las dos electricidades enemigas; una actividad egoista, por la cual tiende á mantenerse en su individualidad, en sí mismo; y otra actividad humanitaria, por la cual tiende á confundirse con todo el universo. Como la naturaleza material está sometida al imperio de fuerzas contrarias, también está sometido el espíritu. Por una de estas fuerzas se cree solo y lo somete todo á su voluntad, y lo asimila todo á su sér; pero bien pronto se encuentra como solitario en su grandeza, como asfixiado en su soledad, y tiende á unirse con algo mayor que él, y á identificarse con algo superior á él, á identificarse con lo infinito. Hay quienes desprecian todo lo universal, perdiéndose en una sensualidad grosera como si el mundo fuese su serrallo; mas hay otros que se olvidan de sí mismos, de su individualidad, de su libertad, de su conciencia, y se adscriben á una autoridad y á una fuerza superiores como si el mundo fuera un sepulcro. Es necesario huir de estos dos extremos y condensar las dos actividades, y compenetrar lo individual de lo universal. Hay seres privilegiados en quienes las dos actividades se reúnen. Hé ahí los sacerdotes. Pero camina el mundo á destruir los privilegios así en la sociedad como en la naturaleza, y cuando todos se penetren de que necesitan concentrar en sí lo universal y lo individual, todos serán también sacerdotes; como hijos de Dios, de Dios discípulos. Así es que la religión no es ciencia, no es pensamiento, no es saber, no es ni siquiera una moral. Es la tendencia del hombre á lo infinito. El teólogo alemán se acercaba, pues, á Espinosa por esa difusión de lo in-

finito en las venas de la humanidad, y por esta tendencia de la humanidad á confundirse con lo infinito; por esta idea de que la ciencia es el sér de las cosas en el entendimiento, y los seres son las dilataciones del entendimiento en el espacio; y por estas otras ideas de que el arte es la fantasía humana en los objetos, dándoles número y música, y medida y colores; y los objetos son como las irradiaciones de la fantasía, como los mundos y los soles de nuestro propio sentimiento, reflejándose en el Cosmos; que la unidad de la razón y de la naturaleza es eterna; que todo hombre debe sentirse entre dos infinitos, como el principio y el fin de todas las cosas, coma el alpha y la omega de toda la ciencia, y mirarse en el universo como en su espejo, y abrazar Dios y el universo, la vida y la muerte, el gran Todo en su conciencia. Se ha dicho que la religión comenzó por el terror; que el trueno y el rayo, el huracán y el granizo fueron los primeros reveladores. Si tal fuese, la religión disminuiría á medida que aumentase la ciencia y se sometiese la naturaleza; pero no, la religión empieza donde empieza el amor y concluye el miedo. La religión no consiste en la contemplación de las hermosuras de la naturaleza, del amanecer, del anochecer, del coro de sus aves ó los matices de sus paisajes; menos en la contemplación de todo cuanto hay en ella de sublime, la alta montaña en desproporción de nuestra estatura, el huracán y la tormenta en desproporción con nuestras fuerzas, los mundos y soles que siembran lo infinito y no pueden compararse en número ni con los segundos de nuestra existencia; lo esencialmente religioso en la naturaleza, lo esencialmente revelador, el espíritu santo que de su seno se desprende, está en la regularidad de sus leyes inmutables, eternas, y en la suprema inteligencia que las leyes anuncian.

Para sentir la vida universal en su seno, para ser religioso, necesita cada hombre tender á convertirse por cuantos medios estén á su alcance, y hasta donde lleguen sus fuerzas, en resumen de la humanidad; porque el hombre perfecto no se encontrará jamás en el individuo, sino en la especie; no se revelará jamás en fugaz período de la existencia personal, sino en la inmensa y dilatada vida de la humanidad, la cual es semejante á perfecto artista, creando y distribuyendo nuevas formas cada vez más perfectas; evocando de la conciencia las ideas con sus riquezas naturales y su carácter propio; viviendo y desarrollándose perpetuamente en la Historia, en esa lucha de tantos elementos contrarios, donde al cabo el progreso vence todas las resistencias, la vida á la muerte, la civilización á la barbarie, la libertad á la servidumbre, el derecho á la tradición, para que lleguemos á la pura conciencia de nosotros mismos, y enrojezcamos nuestro breve sér en el sol de lo infinito, y vislumbremos en su esencia el espíritu y el pensamiento que rigen y regulan todo el universo. La religión no es una ciencia, y por consiguiente, no puede encontrarse en oposición, ni con la psicología, ni con la fisiología, ni con ninguna de las ciencias. La religión no ha menester que las profecías se cumplan; que los milagros se realicen, que la revelación sobrenatural venga, que las inspiraciones sobrehumanas caigan del cielo sobre

la frente de sus doctores y maestros; le basta con que el espíritu tienda á comunicarse con lo infinito, á desceñirse del límite y ascender á lo ilimitado, á lo absoluto, pues la naturaleza humana, determinándose á obrar por todo cuanto hay en ella de divino, y prescindiendo por completo de la naturaleza exterior y material, pueba bien á las claras que en cada hombre hay oculto un sacerdote de Dios, y que la gracia no es en último resultado otra cosa más que la armonía entre la revelación religiosa y las propias interiores inspiraciones. Así, dice Schellermacher que no siendo la religión una doctrina, no puede ser ni enseñada ni aprendida, sólo evocada, despertada en el hombre. Lo único que tiende á salvar de la antigua teología histórica es la misión de Cristo. Pero Cristo no redime por que sea el nieto de David, el hijo de María, el Verbo encarnado en nuestra naturaleza, redime por su conciencia de lo divino, por su idea de lo divino, por su vida ajustada á lo divino, que lo elevan sobre el error, el pecado, el límite, y lo hacen el tipo perfecto y eterno de la humanidad, la cual es por sí, por su sola voluntad, incapaz de bien, y necesita de la gracia divina, de sus efluvios, de sus inspiraciones, de su auxilio, para sostenerse y salvarse. Algunas ideas ha difundido también el teólogo protestante en la esfera de la política. Su horror á las intolerancias religiosas, á la divisa de cada iglesia empeñada en declarar que fuera de ella no hay salvación posible, son ideas y sentimientos que deben inscribirse como grandes servicios á la libertad. En el problema de la unión entre las dos sectas protestantes, su ardor en el combate, su elocuencia en la palabra, su actividad en la vida empeñaronse en la separación completa entre la Iglesia y el Estado, decidieronse por negar toda autoridad á la monarquía sobre los derechos eternos de la conciencia. Así, el profesor Augusto de Bonn reclamó medidas coercitivas contra el audaz que no reconocía en el Rey de Prusia el heredero legítimo de los privilegios litúrgicos de Constantino y Carlomagno; y Marheineke, le acusó de republicano sedicioso, mientras el superintendente Ammon reclamaba al Rey de Sajonia su auxilio temporal para soterrar al nuevo arriano. Indudablemente, la grande elevación que dió el ilustre teólogo á la conciencia y á sus intuiciones; el principio de que cada hombre lleva dentro de sí el manantial de las ideas religiosas; el poco precio dado á la autoridad del hecho, y del tiempo colocan este pensador ilustre entre los pensadores y los propagadores de la libertad en el mundo. Muchas y muy graves cuestiones: muchas y muy ruidosas polémicas suscitaron las obras de Schellermacher. Desde luego no había roto resueltamente con ninguna de las tendencias de su época; ni con el racionalismo que suprimía los milagros, ni con el espinosismo que eliminaba la personalidad de Dios, ni con los románticos que prescindían de la libertad, ni con los supernaturalistas que prescindían de la razón. Así, los ortodoxos le achacaban tendencias panteístas, los liberales supernaturalismo acomodado á la fatalidad de las circunstancias más que al dictado de su conciencia. Los más imparciales veían en él una mezcla de fe y de excepticismo, que ora le confundía en piedad escrupulosa con los